

# LA MUERTE DE JESÚS SEGÚN LA FE CATÓLICA

*Viendo el film La Pasión de Cristo*

por fray Jesús ESPEJA, O.P.

COMO TODAS LAS OBRAS MAESTRAS DE CINE, también ésta dirigida por Mel Gibson puede recibir distintas interpretaciones según la precomprensión y esquemas que tenga el espectador. Respetando esa variedad inevitable de juicios, ahora sólo pretendo aportar los marcos de la fe cristiana para aproximarnos a un acontecimiento tan misterioso como es la muerte de Cristo.

## I

En primer lugar esa muerte no es separable de la vida y actividad mesiánica que la provocaron. Según lo transmitido por los primeros cristianos, Jesús “pasó por el mundo haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba en él”. Eso quiere decir la encarnación: Dios mismo se manifestó, actuó y sufrió en la condición de hombre verdadero. Curando enfermos, rehabilitando a los excluidos social y religiosamente, perdonando a los pecadores y ofreciendo la conversión a todos, Jesús de Nazaret se reveló como Hijo de Dios que quiere “la vida en plenitud para todos”.

El evangelista Marcos narra un milagro donde se vislumbra la experiencia que Jesús tuvo de Dios: había un hombre con la mano paralizada; los religiosos dogmatistas de turno pensaban que no era lícito curar en sábado porque a la divinidad se le honra con el descanso mandado y las prácticas

rituales. Jesús en cambio pensaba que la honra y la gloria de Dios incluye la vida del ser humano —“antes es el hombre que el sábado—, y curó al enfermo. En el fondo hay dos percepciones de la divinidad: un ser absoluto que está detrás de las nubes exigiendo cumplimientos y sacrificios, y Alguien que es amor, que nos acompaña en el camino, que quiere la vida en plenitud para todos, se deja impactar por el sufrimiento humano y, como el buen samaritano, movido a compasión, sana nuestras heridas y recrea nuestra existencia. Es significativo el comentario de Mc 3,6 al final del relato milagroso: «cuando salieron de allí los fariseos se confabularon con los partidarios de Herodes para eliminarle». Así, mientras los religiosos dogmatistas condenan a Jesús por blasfemo, él muere confiando en Dios, cuya cercanía gusta como ternura infinita ¡Abba!

Luego el martirio de Jesús fue consecuencia de su vida. El amor de Dios caló tan a fondo en el corazón humano, que fue capaz de vivir y morir con amor. Jesús nos redimió, abrió un camino de salvación para todos, no tanto porque murió sino porque vivió y murió *con amor*. El mismo y único Dios que se manifestó en la conducta de Jesús como Padre de misericordia, perdonando a los pecadores, rehabilitando a los pobres y curando a los enfermos, estaba presente y activo en la cruz venciendo al sufrimiento y a la muerte. El martirio de Jesús ratificó la verdad de una vida dedicada totalmente a la llegada del reino de Dios, o fraternidad entre todos.

## II

En ese proyecto de amor se sitúa la confesión católica sobre la muerte de Cristo. Hay un esquema que brota espontáneamente en nuestra condición de criaturas con deseos de infinitud, y sin embargo limitadas en todos los terrenos Buscando seguridad, fabricamos dioses a nuestra medida. Nos imaginamos que la divinidad está en la cúspide, como supremo ser intocable, como el perfecto relojero que ha puesto en marcha el aparato y desde arriba mira para ver cómo funciona; se le ha comparado con el director de un gran teatro que es el mundo y desde su palco de preferencia observa cómo cada mortal desempeña su papel. En este afán por situar al Absoluto en las alturas ha prosperado incluso entre los mismos cristianos una imagen de la divinidad como juez insobornable: estableció un orden que nosotros violamos con el pecado; siendo éste una ofensa infinita dada la condición infinita del agraviado, fue necesaria la muerte de Jesucristo, Dios y hombre, para en justicia pagar y aplacar a esa divinidad airada por nuestros crímenes. Tal percepción de la divinidad choca directamente con la revelación evangélica de Dios: el padre del hijo pródigo es más que justo, no da a cada uno lo suyo sino lo que cada uno necesita, da más de lo que se merece; algo similar ocurre al dueño de la viña: «porque tiene un corazón generoso», paga jornal completo también al que llegó tarde al tajo. No entienden esto los celosos cumplidores de lo mandado como era el hijo mayor de la parábola o los trabajadores que siempre llegan puntuales.

Según el Evangelio, la esencia de Dios es la misericordia, ese amor que se hace cargo y carga con la miseria del otro; su poder y su justicia están mediados siempre por el amor. El nos ama primero: «tanto amó al mundo que le envió a su Hijo para que todo el que crea en él, tenga vida eterna», «nos ama aún siendo pecadores». El profeta Isaías anuncia la venida del Mesías como «un año de gracia y un día de venganza»; pero cuando, sirviéndose de la profecía, Jesús presenta su programa en

Nazaret deja sólo el «año de gracia»; la venganza no halla espacio en el corazón de Dios. La encarnación, la vida, el martirio y la resurrección de Jesús son ante todo y finalmente manifestación o epifanía de la misericordia de Dios. Así lo afirmó Tomás de Aquino, y lo confirmó el Concilio de Trento declarando que la causa principal de nuestra justificación es la misericordia divina.

Según esta fe, Dios no quiere el mal ni el sufrimiento de los seres humanos; tampoco quiere el sufrimiento y la muerte de Jesús. Porque Dios es amor y en la encarnación «se hizo carne», la existencia y el martirio de Jesús estuvieron inspirados e impulsados por el amor divino. Toda su existencia como hombre fue apasionada, tuvo como alimento llevar a cabo la voluntad del Padre: vida en plenitud para todos. Porque vivió y actuó apasionado por el reino de Dios que crece en el mundo todavía desfigurado por las fuerzas del mal, su coherencia y fidelidad en el amor le llevaron al martirio. Antes de ser sacrificada, su vida fue apasionada, motivada por el amor. Aquella vida y aquella muerte no fueron precio para aplacar a una divinidad airada, sino la expresión histórica del Dios que es amor gratuito y que se hizo hombre en la condición de servidor. El verdadero Dios no quiere sacrificios, no los necesita. Somos nosotros quienes los necesitamos cuando vivimos apasionados por una causa; sabemos por experiencia que, cuando amamos de verdad, nos vemos impulsados a salir de la tierra y aceptamos con libertad renuncias dolorosas.

### III

La muerte de Jesús no es separable de la vida; el film *La Pasión de Cristo* lo sugiere con algunas pinceladas, tal vez no lo suficiente. Tampoco tiene sentido fuera de la encarnación donde «se manifestó la ternura de Dios» a favor de la humanidad; en la película hay un momento muy logrado cuando sobre tanto sufrimiento del mundo cae una lágrima del Padre. Sin embargo quizás sigamos colocando a la divinidad fuera de este mundo, muy arriba, lamentándose de los males que nos aquejan, pero pasivo y sin hacer nada. El Dios revelado en la conducta histórica de Jesús camina con nosotros, se hace solidario nuestro en el sufrimiento, combate con nosotros y en nosotros a las fuerzas malignas que maltratan a las personas y las tiran por los suelos. En estas dos coordenadas de la fe católica —la muerte de Jesús es consecuencia de su vida, y epifanía o manifestación Dios amor encarnado en la humanidad—, el film de Gibson puede suscitar, en medio del horror ante tanto mal del mundo, confianza y conversión al Evangelio.Ω

\* *Dominico, profesor de Cristología.*